

Salida de capitales, flujo negativo en captación de inversiones, desaceleración de la economía... ¿No dijo alguien que eso es lo que sucedería si López Obrador llegaba a Los Pinos?



Las expresiones de fe religiosa no afectan *fair play* según el Vaticano

□ Critica el anuncio de la FIFA sobre la prohibición de toda manifestación de un credo por los jugadores de fútbol

■ Deportes

Suspende la SEP prueba a maestros por venta ilegal de copias del examen

□ Denuncia ante PGR y SFP "fuga de materiales" □ Nunca en la historia de la educación en México "habíamos vivido tanta corrupción", lamentan ex funcionarios y especialistas

ROSA ÉVIRA VARGAS Y LAURA POY ■ 33

Critican activistas falta de voluntad de Calderón para acatar a la CIDH

□ Habitantes de Zimapán denuncian al gobernador Osorio Chong por reprimir protestas contra vertedero de desechos tóxicos

EMIR OLIVARES Y GUSTAVO CASTILLO ■ 11 y 28

columnas

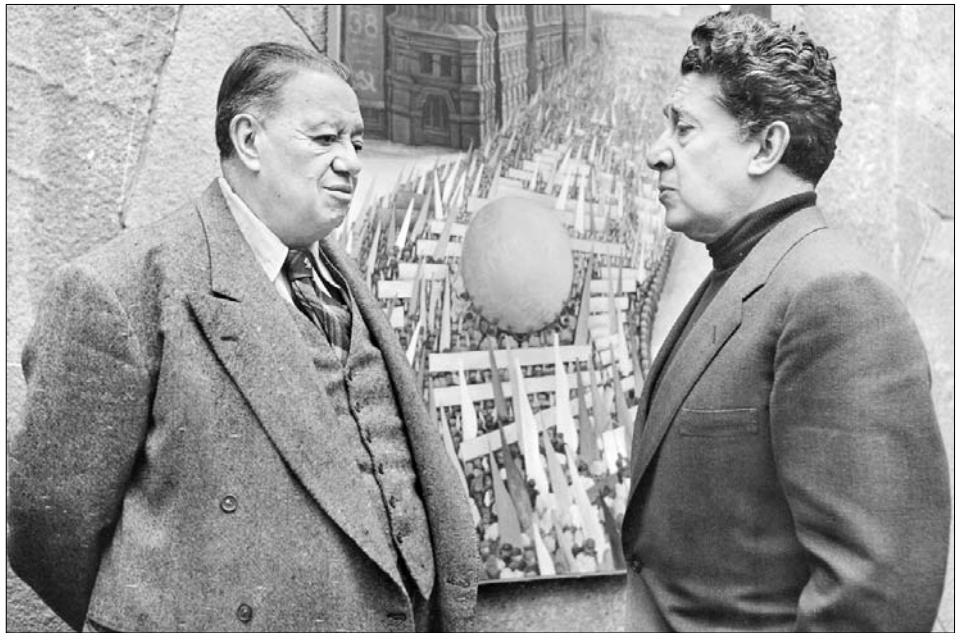
DESFILADERO • JAIME ÁVILÉS	4
DINERO • ENRIQUE GALVÁN OCHOA	6
LOS DE ABAJO • GLORIA MUÑOZ	12
MÉXICO SA • CARLOS FERNÁNDEZ-VEGA	20

opinión

MIGUEL CONCHA	14
ARTURO ALCALDE JUSTINIANI	14
TANALÍS PADILLA	16
ENRIQUE CALDERÓN ALZATI	16
SILVIA RIBEIRO	21
MARCOS ROITMAN ROSENMANN	24

El abrazo que no se dieron

Rivales siempre, Diego Rivera y Siqueiros nunca pudieron fingir cordialidad



Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros —en la imagen de Rodrigo Moya— fueron de izquierda. Y como hombres de izquierda se confrontaron a partir de sus diferencias ideológicas —uno acogió a Trotsky, otro lo persiguió—, a lo cual se sumó su perenne rivalidad como soles del universo muralístico mexicano

RODRIGO MOYA

En abril de 1956 recibí una llamada telefónica para ir a fotografiar a dos grandes artistas juntos: Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros. La cita era inmediata, así que tomé un taxi para llegar cuanto antes a la calle de Ignacio Mariscal, allá entre el Monumento a la Revolución y el edificio de la Lotería Nacional.

Al llegar a la dirección indicada, la Galería Diego Rivera, propiedad de Emma Hurtado, estaban ya los dos colosales artistas esperando al fotógrafo. De inmediato, sin preámbulos, comencé mi tarea.

Habiendo tantos fotógrafos notables, inclusive amigos de ambos artistas, me preguntaba por qué yo, reportero incipiente prácticamente desconocido, había sido elegido para consagrar fotográficamente tan importante momento. Porque pese a mi novatez, no se me escapaba la trascendencia de esa reunión.

Diego Rivera había viajado en 1955 a la URSS y en los corrillos de la cultura y el periodismo se sabía que el cáncer de próstata que el eminente médico Ignacio Millán le había diagnosticado ese mismo

año no había cedido ni siquiera con la avanzada tecnología médica de la Rusia socialista.

Diego se sabía desahuciado, con la muerte instalada en el cuerpo. Y allí estaba, frente a mi cámara, mirándome con esos ojos de sapo impasible y su enigmática sonrisa de Buda donde cabían juntas la ironía y la sabiduría, pero también la tristeza y cierto aburrimiento de tener enfrente a un fotógrafo imberbe y nervioso, y a un lado, su contrincante de tantas historias: David Alfaro Siqueiros. De seguro pensaba Diego al ver mi cámara, en lugar de estar allí atrapado por alguna circunstancia política, y más que el dudoso placer de posar junto a Siqueiros, le gustaría estar pintando, pintando como pintó siempre, de día y de noche, hasta los últimos instantes de su vida, con una capacidad creativa que la naturaleza sólo concede a los genios, y el mito a los titanes.

A pesar del cáncer que estaba destruyendo sin remedio su ciclópea humanidad, Diego no se había rendido frente al diagnóstico emitido en la clínica Funkin, de Moscú, donde las radiaciones de la avanzada bomba de cobalto no habían logrado más que detener un tanto el mal.

En 1955 Diego observó en Moscú, desde algún balcón privilegiado cerca de la Plaza Roja, el desfile conmemorativo del triunfo de la Revolución de Octubre de 1917 y tomó apuntes a lápiz: miles de abanderados, una gran esfera símbolo de la paz empujada por una masa compacta de trabajadores, ríos de gente y, a la izquierda, la estructura imponente de un palacio zarista con el Kremlin en la bruma de la distancia. Luego, el invierno, y en medio de su lucha contra la muerte y, como si nada, Diego paseó por las calles moscovitas y viajó a Praga y Alemania, donde dibujó las calles nevadas, a un grupo de obreros moviendo bloques de hielo, a rusitos jugando con la nieve que le habrán recordado su dilección por los rostros de ojos rasgados de los niños mexicanos.

Como si nada también, regresó a México a principios de 1956 y se instaló en la casa de Dolores Olmedo, en Acapulco, para pintar sin descanso los cuadros con los bocetos captados en la URSS, en Praga y en la República Democrática Alemana, a los que añadió una escena de barcas de pescadores sobre las arenas de Acapulco.

■ La Jornada de enmedio